

Hoy estarás conmigo en el paraíso

Cuando el "buen" ladrón dice esas palabras asombrosas: "*Acuérdate de mí cuando llegues a tu reino*". No se sabe qué admirar más: si la sencillez de sus palabras, si su ausencia de ambiciones, o si su fe maravillosa. Realmente, que tremenda es su fe que le empuja a creer, sin la menor vacilación, que este moribundo acabará triunfando.

En este ladrón no hay confusiones. No espera otro reino ni otra realeza sino los que haya al otro lado de la muerte. No pide restauraciones triunfales de este mundo como los apóstoles; no aclama a Cristo vencedor aquí abajo como los entusiastas del domingo de ramos. Sabe que los dos van a morir. Y está seguro, sin embargo, de que hay un reino que les espera. Esta profesión de fe del buen ladrón es uno de los hechos más extraordinarios de la historia. Es difícil imaginarse algo tan inverosímil. Y sin embargo tan real.

Las sorprendentes palabras de este hombre van a forzar a Jesús a responder. No lo ha hecho cuando el otro ladrón le insultaba. Pero ahora no puede callarse. El buen ladrón ha dirigido bien su flecha. "*En verdad te digo - responde - que hoy mismo estarás conmigo en el paraíso*". La respuesta no puede estar más plena de contenidos. Se abre con un "en verdad te digo" que, para un judío, tenía todo el sentido de un juramento, de una solemne promesa. Y luego ofrece al ladrón mucho más de lo que pedía.

Si había fe en las palabras del ladrón, hay una soberana serenidad en la respuesta de Cristo, una seguridad que nos abre entero el misterio de su divinidad. ¿Cómo, si no, este agonizante,

Ahora las cumplía, aunque aún en esperanza. "*Estarás*", dice en tiempo futuro. Hay que pasar todavía unas horas atroces en el tormento. Pero ese futuro es ya casi un presente.

En realidad, el verdadero premio que Jesús promete al buen ladrón no está en la palabra "*paraíso*", sino en la palabra "*conmigo*". Porque estar con Cristo es exactamente estar ya en el paraíso.

En el calendario litúrgico, lleno de santos, hay un sitio y se celebra una fiesta para aquellos que estaban ese día sobre el calvario. Para la Virgen, naturalmente. Para San Juan. También para María Magdalena. Hay un sitio incluso para los ausentes. Para el primer Papa, metido quien sabe donde para llorar su propia negativa. Para todos los demás apóstoles, ocultos como ratones en el agujero de su miedo.

Pero para él, para el buen ladrón, no hay ningún sitio en el calendario de los santos. Los evangelistas se han olvidado incluso de hacernos su presentación. No conocemos su nombre, aunque la tradición cristiana le haya dado el de Dimas.

Su fiesta debería celebrarse el viernes santo. Pero, lógicamente, ese día no es un día adecuado. De todos modos, con un poco de buena voluntad, se habría podido poner remedio y encontrar alguna otra solución. Pero probablemente se ha querido evitar complicaciones. ¿Habrían aceptado los "buenos cristianos" como modelo a un tipo tan poco recomendable, que entró a formar parte de los "nuestros" sólo en los últimos minutos de su existencia nada edificante?